



A TRAVÉS DEL TERCER ESPACIO: ESCRITURAS POLÍTICAS Y TEORÍA LATINOAMERICANA

*Inside the third space: Political writing and
Latin American theory*

AUTOR

Pablo Andrés Castagno
Universidad Nacional de La Matanza,
Argentina

Cómo citar este artículo:

Castagno, P. (2023). A través del tercer espacio: escrituras políticas y teoría latinoamericana. *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, 16, 59-77

Artículo

Recibido: 18/11/2022
Aprobado: 14/05/2023

RESUMEN

Existe una rica tradición latinoamericana que señala ciertos puntos ciegos de la teoría marxista. A saber, el carácter ambiguo del Estado durante las revoluciones contra los regímenes coloniales, la modulación ideológica de las clases sociales y de la movilización popular frente al *status quo* institucional, y la complejidad de las mediaciones político-culturales dentro de todo proyecto estatal. En este artículo realizo un movimiento inverso, muestro la ductilidad de los “latinoamericanismos marxistas” para abrir interpretaciones sobre y dentro de la llamada marea rosada de gobiernos latinoamericanos contemporáneos. Para ello reviso la aproximación del “tercer espacio” formulada en clave deconstructivista por diversos autores latinoamericanistas y poscoloniales. El tercer espacio constituye un territorio de traducción e imaginación política. Argumento así acerca de la importancia de leer los registros subalternistas en los proyectos de clase de la marea rosada –que no rompieron con la imbricación dependiente de América Latina en el capitalismo global– y de connotar además la posibilidad de una estrategia de construcción popular junto a una crítica de economía política que explora tales continuidades. A través de críticas de ida y vuelta entre posiciones teóricas subalternistas, pos-marxistas, y marxistas tenemos alguna oportunidad de renovar el horizonte hacia una democracia radical.

PALABRAS CLAVE: DECONSTRUCCIÓN; LATINOAMERICANISMO; SUBALTERNIDAD; MARXISMO; TEORÍA POLÍTICA.

ABSTRACT

A rich Latin American theoretical tradition addresses certain blind spots within Marxist theory. That is to say, the ambiguous nature of the state during the revolutions against colonial regimes, the ideological modulation of the social classes and of the popular mobilizations against the institutional *status quo*, and the complexity of cultural-political mediations within any state project. In this article I take an opposite direction. I show the versatility of “Marxist latinamericanisms” to open new interpretations on and within the so-called pink tide of leftist Latin American governments at the present. In this way I take into account the notion of a “third space”, elaborated by certain latinamericanist and poscolonial authors with a deconstructive twist. A third space is a political arena of translation and political imagination. I argument about how important is to read the subalternist registers within the class projects of the pink tide –which continued the dependent imbrication of Latin America within global capitalism, and to connote the strategies of popular mobilizations connected to a critique of political economy that assesses such continuities. Reading subalternist, post-Marxist, and Marxist theoretical positions back and forth we may have a chance to renew the horizon towards a radical democracy..

KEYWORDS: DECONSTRUCTION; LATINAMERICANISM; SUBALTERNITY; MARXISM; POLITICAL THEORY.

En un libro reciente, *La fobia al Estado en América Latina: reflexiones teórico-políticas sobre la dependencia y el desarrollo*, Andrés Tzeiman (2021) dio cuenta de ciertas reticencias en la discusión sobre los gobiernos de las últimas décadas considerados progresistas, populistas, o de izquierda. Diversos trabajos resaltan el carácter “neo-desarrollista” de tales gobiernos, captando su fortalecimiento del Estado como promotor de la competitividad económica de la nación en el concierto global;¹ pero ocultan la afinidad de esta línea de acción con la ideología neoliberal sobre una gestión estatal eficiente, omitiendo indagar además la desigualdad entre centro y periferia en la economía internacional. Otras críticas desentrañan cómo esos gobiernos ampararon la explotación extractiva de los recursos naturales por corporaciones multinacionales,² pero descuidan sus tensiones con los Estados Unidos y también analizar en profundidad cómo la economía extractiva está imbricada en las contradicciones del capitalismo. Finalmente, las perspectivas marxistas están atentas a ese contexto,³ pero solapan investigar cómo los movimientos sociales transforman las políticas gubernamentales a fin de expandir los derechos colectivos. Tzeiman reclamó cuestionar los límites de las políticas neo-desarrollistas y observar cómo los gobiernos “traducen” las demandas populares. En sus palabras, el desafío de la crítica consiste en evitar “los binarismos” y las definiciones unívocas o unidireccionales (p. 127, p. 98). ¿Podemos rastrear otras escrituras similares en la arena teórica actual?

Mi argumento es que la búsqueda de lenguajes atentos a las ambigüedades, tensiones y vaivenes de los Estados caracteriza diversas formas de latinoamericanismo. Explorar cómo estas prácticas de escritura interpretan las coyunturas, significan las ambivalencias y definen el terreno para la acción política es útil para comprender las posibilidades de agencia, aunque estas no se reduzcan a la discusión teórica. Una manera de hacerlo es revisitar la noción de “tercer espacio”. Siguiendo a autores como Homi K. Bhabha y Alberto Moreiras, por tercer espacio entiendo una posición de enunciación que busca desestabilizar los límites de las clasificaciones teóricas, exponiendo las problemáticas silenciadas y allanando el camino a otras formas de representar los problemas políticos. Bajo esta luz sostengo que cuando los debates sobre los gobiernos llamados progresistas, populistas, o de izquierda, en América Latina tienden a encasillarse en conceptos fijos y esencialistas, las miradas de deconstrucción, dicho en términos de Jacques Derrida, del tercer espacio sugieren aproximaciones que hacen del movimiento y de las tensiones políticas,⁴ el objeto de la teoría.

Esas escrituras nos muestran las ambivalencias de una “marea rosada” de movimientos sociales y gobiernos que, al decir de John Beverley (2011), modificaron el

¹ Siguiendo el análisis de Tzeiman, ver, por ejemplo, Bresser Pereira (2007), Iglesias (2006), o, en una perspectiva desarrollista clásica, Ferrer (2016).

² Ver, por ejemplo, Svampa (2019).

³ Ver, por ejemplo, Katz (2016).

⁴ Siguiendo a Derrida (1986), entiendo por deconstrucción (*déconstruction*) un método de lectura que problematiza los presupuestos de los sistemas textuales, filosóficos y políticos al exponer la economía simbólica que los sustenta mediante oposiciones binarias, desplazamientos de significados, centros privilegiados de sentido, y ausencias de representación. La deconstrucción es parte del giro teórico pos-estructuralista que resalta la mutación permanente de las relaciones entre significantes y significados en una formación cultural.

orden estatal neoliberal instaurado previamente por las clases y los grupos dirigentes en pos de la circulación global del capital (Harvey, 2007).⁵ Mientras diversas perspectivas sobre la marea rosada se deciden por una u otra definición esencialista, los trabajos que podemos leer en clave de tercer espacio registran las oscilaciones de este proceso político. Por ejemplo, si para las primeras se trata de gobiernos nacional y popular-democráticos *tout court* (Biglieri y Perelló, 2007; López et al., 2011), de reconstituciones del orden neoliberal de los años noventa por otras vías (Webber y Carr, 2013; Bonnet, 2015), o de un nuevo “Consenso de las Commodities” anclado en la economía extractiva (Svampa, 2019), las interpretaciones atentas a las ambigüedades desarman las dicotomías entre clase y pueblo, subalternidad y hegemonía, clase y etnicidad, capital nacional y global, neodesarrollismo y neoliberalismo, reproducción y hegemonía, posiciones marxistas y posmarxistas, o incluso miradas dialécticas y deconstructivas, entre otros polos habituales. Esto no quiere decir que los autores de los trabajos que reviso en este artículo, en general situados en el campo de la teoría marxista, presenten sus perspectivas en términos de deconstrucción y tercer espacio. Lo que me interesa es teorizar sus aperturas de sentidos para dar cuenta de cierta riqueza de las prácticas de escritura/debate en la teoría política latinoamericana.⁶ Con esta intención, luego de discutir la noción del tercer espacio, en la segunda sección de este artículo releo los trabajos de Francisco de Oliveira y Roberto Schwarz sobre Brasil, y de Álvaro García Linera sobre Bolivia, con foco en sus debates de economía política. El contraste entre estos dos casos nacionales no solo ilustra parte de la complejidad de la marea rosada, sino que es útil para reflexionar sobre la tensión entre cuestionamiento y afirmación, negación e identidad, dentro de una lectura política en clave de tercer espacio.

DESPLAZAMIENTO, TRADUCCIÓN POLÍTICA Y DIFERENCIA

La idea de un lugar de imaginación política emerge en la crítica poscolonial que rastrea las huellas de los significados, las identidades y el trabajo intelectual en desplazamiento. Por ejemplo, Nikil Saval (2017) señaló que Stuart Hall, al sentirse distanciado de su hogar en Jamaica y “considerando imposible identificarse con Inglaterra, encuentra un “tercer espacio” en la idea de la diáspora” (p. 160). Mientras que el crítico de origen indio Homi K. Bhabha, con base en los Estados Unidos, por

⁵ Siguiendo a Beverley (2011), considerando su momento ascendente a comienzos de los 2000 podemos definir a la marea rosada como un movimiento de gobiernos latinoamericanos que, impulsados por movimientos sociales, transformaron el horizonte político de la región introduciendo retóricas de socialismo, extendiendo la equidad en ciertos planos estatales, promoviendo la participación democrática, modificando algunos Estados en plurinacionales, y rechazando el Consenso de Washington, en una coyuntura en la que los Estados Unidos dirigían su atención hacia otras regiones. Este cambio tectónico continental promovió un discurso de latinoamericanismo en tanto proyecto de afirmación regional y cooperación económica inter-estatal (Beverley, 2011, p. 7). Los límites, ambigüedades, tensiones, retrocesos y crisis de este proceso político, y su carácter en los distintos casos nacionales (Bolivia, Ecuador, Venezuela, Argentina, Brasil, Uruguay) es objeto de debate.

⁶ Vale la pena apuntar que desde Fredric Jameson (2013), un desafío pendiente es retomar la discusión sobre las relaciones entre las aproximaciones dialécticas que evitan el hegelianismo y las perspectivas deconstructivas.

tercer espacio entendió una posición de enunciación que se construye a través de la traducción y la transculturación. Leyendo a Frantz Fanon, Bhabha (2007) sostuvo que en el momento de su lucha revolucionaria contra el colonialismo francés, “el pueblo argelino destruye las continuidades y constancias de la tradición nacionalista que proveía una salvaguarda contra la imposición cultural colonial. Ahora es libre de negociar y traducir sus identidades culturales en una temporalidad intertextual discontinua de diferencia cultural” (p. 58). En oposición a lo que esperaban algunos intelectuales nativos, el pueblo argelino, según Bhabha, reformuló de manera dialéctica su cultura nacional al transmitirla mediante las tecnologías de comunicación y las formas culturales modernas de Occidente, preparándose para el combate. Los y las agentes sociales en el “Tercer Espacio” traducen las identidades populares y articulan la diferencia cultural. Para decirlo considerando la discusión de Jacques Derrida (1980) sobre la categoría de “suplemento” (que Bhabha toma, p. 71), estas reapropiaciones culturales introducen un pliegue de crítica dentro de la formación cultural. Al no ser absorbido completamente por esta última, el tercer espacio permanece interno y externo, presente y distante de los cierres de significación que establecen oposiciones culturales y teóricas absolutas. En esta arena híbrida se pone en juego la imaginación hacia otros horizontes políticos.

La pregunta de Bhabha (2007) es cómo la práctica teórica comprometida interactúa con los “márgenes móviles del desplazamiento cultural” (p. 41), dentro de un mundo poscolonial pensado como la perpetuación del colonialismo por medios distintos a los de la posesión territorial y la administración directa. Según este autor, los discursos teóricos producen performativamente sus “objetos de referencia” al negociar perspectivas diversas de oposición frente al sistema hegemónico (p. 42, p. 46). Este giro deconstructivo, podríamos decir, rechaza reducir los conceptos a referentes aparentemente naturales. Sea una clase trabajadora considerada preexistente a su modulación político-cultural, una comunidad étnica definida según la tradición, o una cultura nacional homogénea. En palabras de Bhabha (2007), por ejemplo, la noción del “Tercer Espacio” presta atención a las prácticas de lucha política en tanto “rearticulación, o traducción, de elementos que no son *ni el Uno* (una clase obrera unitaria) *ni el Otro* (las políticas de género) *sino algo distinto*” (p. 48). En este pasaje Bhabha se refirió a la lucha de obreros y mujeres en la gran huelga minera de 1984-1985 en el Reino Unido, pero podemos apuntar otras luchas, situaciones y articulaciones.

Pensada en el contexto de las interpretaciones posestructuralistas, esta perspectiva nos recuerda el trabajo de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau (1987) en *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*, acerca del carácter contingente, impredecible, de los puntos de ruptura –de relaciones de género/sexo, clase, raza, nación, entre otras– que erupcionan en cada formación social, y sobre cómo durante estos quiebres las fuerzas políticas articulan discursos que cambian las relaciones de sentido entre los elementos culturales en juego, modificándolos. Dicho con otras palabras, la idea del tercer espacio implica enunciar las diferencias político-culturales mediante la construcción de nuevas territorialidades del

lenguaje, reemplazando los habituales “espejos de la representación” (Bhabha, 2007, p. 58). Por ejemplo, los de la ciudad letrada en torno a la tradición literaria nacional, las demarcaciones fijas de las fuerzas políticas de izquierda acerca de las clases subalternas (proletariado, campesinado, lumpenproletariado), y las interpretaciones historicistas que limitan el fenómeno del populismo a determinado momento y lugar (como el de los países latinoamericanos de mitad del siglo XX), atribuyéndole características esenciales. Los actos de enunciación del tercer espacio modulan así nuevos escenarios políticos. Parafraseando a Bhabha (2007), en estas negociaciones de sentido hay mucho de traslación estratégica (p. 21).

Su elaboración más destacada en el campo de los estudios culturales latinoamericanos es la de Alberto Moreiras (1999) en *Tercer espacio: literatura y duelo en América Latina*. Moreiras –un crítico que se ha desplazado entre Galicia, Barcelona, América Latina y Estados Unidos– argumentó que ciertas escrituras latinoamericanas (Jorge Luis Borges, José Lezama Lima, Severo Sarduy, Julio Cortázar, Salvador Elizondo, Tununa Mercado) ponen en juego “una práctica de pensamiento y expresión que resiste tanto a la imitación cultural como a cualquier tipo de reacción identitaria” (p. 23), propia del nacionalismo cultural y sus formas literarias correspondientes. Estos textos, leídos en clave deconstructiva, cuestionan el logocentrismo de la cultura occidental (Derrida, 1986): la idea de que la literatura –reducida a ciertas formas legítimas– expresa la esencia o verdad de la nación, de que un texto constituye un sistema cerrado de sentidos, y de que hay cierta garantía identitaria a través de la cual los sujetos y la política del Estado-nación se definen mutuamente. En un libro siguiente, *The Exhaustion of Difference: The Politics of Latin American Cultural Studies* [El agotamiento de la diferencia: la política de los estudios culturales latinoamericanos], Moreiras (2001) radicalizó esta interpretación al sugerir una política de representación que rechaza tanto las políticas de una izquierda populista-nacionalista como los sueños de los funcionarios neoliberales. Si las primeras son ineficaces cuando los Estados promueven la libertad de circulación global del capital, lo cual erosiona las condiciones nacionales de reproducción de las clases trabajadoras, los segundos sólo incrementan la exclusión de masas de la población latinoamericana. Como Beverley (2011) explicó, la visión de Moreiras es “localizar el punto en que la “diferencia” estética o narrativa se vuelve tanto una forma de resistencia como una posibilidad concreta de una modernidad “otra” o alternativa” (p. 47, mi traducción).

Para Moreiras (2001) este trabajo negativo del pensamiento constituye un gesto solidario hacia una política subalternista, dado que observa que los grupos subalternos niegan cualquier totalización hegemónica que pretende representarlos (p. 293). Por ejemplo, cuando los pueblos indígenas no se identifican con la formación hegemónica de frentes estatales de izquierda o con proyectos nacional-populares –tal como Beverley (2004) observó sobre el pueblo miskito durante el gobierno de la revolución sandinista en Nicaragua, o más recientemente notaron Franklin Ramírez Gallegos (2010) sobre las tensiones entre la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie) y el gobierno de la Revolución Ciudadana de Rafael Correa (2007-2017), y Rafael Archondo (2017) sobre los conflictos en Bolivia entre el gobierno de Evo Morales

y los pueblos amazónicos de tierras bajas en torno a la construcción de carreteras a través del TIPNIS (Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Sécure), impulsada por dicho gobierno. O también, por caso, cuando surgen tensiones entre bases sindicales y gobiernos populares, como Ricardo Antunes (2013) notó en su análisis del gobierno de Lula da Silva en Brasil. En palabras de Moreiras (2001), “la posición subalterna marca el fracaso de la totalización híbrida⁷: el resto [*remainder*] de la relación hegemónica, esto es, su registro negativo” (p. 296, mi traducción).

A su turno Beverley (2011), criticó esa perspectiva de Moreiras por arrojar al sujeto subalterno a un sitio “atópico” (p. 54): el de la negación permanente. Según Beverley, sobre el final de los años noventa los diversos movimientos sociales subalternos habrían modulado la emergencia de gobiernos de izquierda en Bolivia, Venezuela, Ecuador, Argentina, Uruguay, Brasil, entre otros países, constituyendo una marea rosada opuesta al orden neoliberal del capitalismo, lo que, al menos hasta comienzos de la segunda década del nuevo milenio, abría la esperanza de Estados más justos. Beverley caracterizó este momento como pos-subalternista debido a que, de acuerdo a él, los movimientos subalternos en lugar de rechazar al Estado (como en el caso del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en los años noventa) lo transformaban en pos de una modernidad alternativa, aunque Beverley esbozó también las tensiones de la marea rosada. Entre su desplazamiento a “estados populistas”, contruidos verticalmente desde arriba, o hacia “estados del pueblo”, caracterizados por relaciones horizontales entre los movimientos subalternos y las capacidades estatales (p. 125). Me siento cercano a la posición de Beverley, pero quiero retener el gesto deconstructivo de Moreiras para dar cuenta de esas ambivalencias.

Dicho esto, no obstante, según Moreiras (1999) el tercer espacio es un “intento de sobrevivir a una experiencia radical de pérdida de objeto” (p. 292). Es decir, un espacio no identitario, una escritura del duelo por la pérdida del modernismo literario latinoamericano como alegoría nacional y de toda metafísica del sujeto (Williams, 2021). En cambio, mi interpretación es más bien la de un paso a través del tercer espacio. De un lugar de cuestionamiento hacia una alternativa latinoamericana a la modernidad capitalista, y viceversa. Entre la negación y la afirmación. El tercer espacio permite exponer cuestiones silenciadas y enunciar diferencias. El contrapunto de mi siguiente lectura sobre las escrituras en torno a las situaciones de Brasil y Bolivia en el contexto de la marea rosada busca significar eso.

ENUNCIACIONES LATINOAMERICANAS

Quiero revisar algunos textos que evitan tanto la representación de los gobiernos de la marea rosada como procesos de transformación popular-nacional a rajatabla, como la crítica de esos gobiernos en tanto mecanismos de reconstitución del orden neoliberal de los años noventa. Entiendo que este tipo de estrategia compleja

⁷ En términos de Moreiras, la de toda formación hegemónica, fundada en la incorporación/ absorción de diferencias.

caracteriza parte de las búsquedas teóricas en América Latina a lo largo del tiempo. Por ejemplo, José Aricó en los años ochenta reclamó, leyendo el texto breve de Karl Marx sobre Simón Bolívar en torno al quiebre del sistema colonial, considerar que “entre la necesidad de destruir el viejo orden colonial y el temor por abrir paso así a la rebelión incontrolada de las masas, el proyecto bolivariano *no se agotaba* en el bonapartismo ni en su autoritarismo” (p. 175, mi énfasis).⁸ Bajo esta perspectiva atenta a las ambivalencias voy a referirme a los textos de Roberto Schwarz, Francisco de Oliveira, y Álvaro García Linera. Todos estos trabajos, para decirlo tomando una frase de Schwarz, son de un realismo complejo, dirigido a captar las incongruencias, tensiones y posibilidades de las formaciones estatales en cuestión.

Así, al discutir Brasil, Schwarz y Oliveira evitaron tanto caer en las críticas liberales a una modernización brasileña deficiente, como en una crítica marxista mecánica que cuestiona las formaciones ideológicas de la explotación de clase en los mismos términos a que lo hace en los centros capitalistas. Este tipo de interpretación tiene un recorrido importante en Brasil. Por ejemplo, en su célebre texto “Las ideas fuera de lugar” (2014/1973), Schwarz argumentó que el desarrollo desigual y combinado del capitalismo provoca que las ideologías funcionen en ciertas regiones de un modo diferente al que lo hacen en sus lugares de procedencia. Para Schwarz, existen ideas fuera de lugar no porque estas carezcan de sentido en la sociedad receptora, sino porque los desequilibrios capitalistas de las sociedades periféricas hacen que tales ideas adquieran una función ideológica de segunda índole. Esta insta un plano paralelo de realidad, incongruente con las relaciones fundamentales de tal sociedad. El problema de las ideas fuera de lugar, dicho de otra manera, no es de ideas sino de economía política. En palabras de Schwarz (1987), “la pena de la civilización imitada no es producida por la imitación [...], sino por la estructura social del país” (p. 46, mi traducción). Según Schwarz, mientras que ciertas ideologías tienen una función de apariencia y deforman la realidad social al describirla, otras poseen un rol de mistificación y prestigio: sus signos están desacoplados respecto a la realidad social, pero mediante este desajuste también reproducen las relaciones de dominación y explotación.

En concreto, Schwarz observó que durante el siglo XIX la clase propietaria brasilera diseminó discursos liberales que estaban disociados de sus prácticas patrimonialistas, fundadas en la explotación de trabajo esclavo y en el régimen del favor, el cual subordinó a los profesionales liberales a realizar contraprestaciones serviles a la clase propietaria, a cambio de cierta autonomía. Sobre esto último, las ornamentaciones y rituales de la ideología liberal representaban como libre y contractual lo que era un régimen de contraprestación en beneficio de la clase propietaria. Es decir, en lugar de deformar la relación salarial al describirla (representando el precio de la fuerza de trabajo como equivalente al trabajo realizado, como Marx criticó), en el Brasil

⁸ La categoría de bonapartismo se refiere a la crítica de Marx al orden estatal de Louis Bonaparte en Francia luego de la insurrección proletaria de 1848. Aricó sugirió que Marx conceptualizó dicho orden como un régimen autoritario que defendía el interés de la clase burguesa. Pienso que la lectura de Marx fue más dialéctica, pero esta es otra discusión.

del siglo XIX la ideología liberal proyectaba un mundo que aún no existía plenamente. El régimen del favor se imponía sobre las transacciones aparentemente libres de la relación salarial y la ideología liberal lo ornamentaba. Esta es una visión de realismo complejo, desde un posicionamiento teórico distinto.

Bajo una luz similar, Schwarz (2004) argumentó que, en el presente, Brasil “ha venido a definirse por lo que no es, es decir, por un subdesarrollo que ha perdido su vigencia y por un modo de acumulación [globalmente competitivo] que está fuera de su alcance” (p. 32). Según Oliveira, esta condición periférica jalona una “época de indeterminación”, algo similar a esa zona ambivalente que Aricó tiempo atrás llamó a observar. Dicho de otra manera, para autores como Schwarz y Oliveira es clave analizar las relaciones sociales que constituyen la situación particular de Brasil cuando el capitalismo “implosiona” al concentrarse en determinados núcleos del Norte global (Hoogvelt, 2001), destruyendo los sistemas de acumulación “subdesarrollados” que, al decir de ellos, caracterizaban al fordismo periférico durante la segunda mitad del siglo XX.⁹ Por eso Oliveira consideró que ni los anteriores problemas del desarrollo, ni la dinámica competitiva global actual, definen la realidad de Brasil.

Oliveira (2004) llamó “ornitorrinco” a la formación estatal-capitalista contemporánea de Brasil, pues ya no sabemos de dónde proviene ni hacia dónde se dirige. El ornitorrinco no constituye una etapa, como las teorías liberales de la modernización y las lecturas teleológicas de ciertos marxismos postulaban sobre el cambio histórico, sino la condición de una situación dependiente en el capitalismo mundial. El ornitorrinco implica la coexistencia simultánea de diversas etapas del modo de producción capitalista, lo que hace imposible dar al capitalismo brasileño un término unívoco: solo podemos figurar su ambigüedad, hibridez y contradicciones.¹⁰ Según Oliveira, la parálisis de Brasil a comienzos del nuevo milenio es producto tanto de los bloqueos del proceso de industrialización capitalista del siglo XX (una clase asalariada con ingresos bajos, un mercado pequeño y un volumen de inversión deficiente), como de la dependencia tecnológica de Brasil durante la actual “revolución molecular-digital” del capitalismo, anclada en el Norte global, a cuyas copias de productos, pero no a sus matrices de innovación científica y tecnológica, accedemos. Para Oliveira, la debilidad y contradicción histórica del capitalismo brasileño es que para acumular capital este necesita restringir la vida de la clase trabajadora a un piso de subsistencia. Por ejemplo, mediante la agricultura de subsistencia, la economía informal, y el bajo costo de la vivienda y de la infraestructura pública en las urbanizaciones populares (*favelas*). Esto causa una distribución nacional de la renta tan desigual que obstaculiza todo proceso de crecimiento económico (De Oliveira, 2004, p. 40).

⁹ Sobre los límites del fordismo periférico ver Lipietz (1987).

¹⁰ No tengo espacio para desarrollar el contexto acá, pero vale la pena apuntar que esta línea de análisis caracteriza parte de la crítica latinoamericana de la economía política. Por ejemplo, Aníbal Quijano desde Perú dio cuenta de una simultaneidad de diversas etapas del modo de producción capitalista: “Pisos y etapas del capital en América Latina, aquí está activa la “acumulación originaria”; la acumulación competitiva; la acumulación monopólica inter y transnacional. No se podría decir que son solo etapas, en una secuencia, cuando actúan en una estructura piramidal de pisos de dominación. Pero tampoco podría negárseles del todo su condición de etapas. El tiempo en esta historia es simultaneidad y secuencia ... al mismo tiempo” (Quijano, 1988, p. 61).

A contramano de la tesis dualista de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), la cual considera que el atraso constituye un problema que puede ser removido por el capitalismo, Oliveira demostró que los obstáculos al desarrollo (por ejemplo, el trabajo informal) son funcionales al capitalismo existente. Según este autor, el “status deprimido” del trabajo en Brasil financió la expansión del capital durante el “*subdesenvolvimento*”¹¹, pero, conjugada con la dependencia externa, este bajo nivel de capitalización (en torno al 19 por ciento del Producto Bruto Interno en toda la región latinoamericana, CEPAL, 2018) causa que actualmente Brasil solo compre réplicas de matrices productivas externas (De Oliveira, 2004, p. 49). El problema es que el capital se auto-limita al requerir una clase trabajadora brasileña con ingresos y capacidades técnicas mínimas. Esta cuestión, dicho sea de paso, es notablemente descuidada por las críticas latinoamericanas que centran el problema del subdesarrollo exclusivamente en la explotación extractiva de los recursos naturales por parte de las corporaciones multinacionales (ver, por ejemplo, el análisis de Maristella Svampa, 2008, sobre el caso argentino), aunque esto también constituye un factor clave. Al mismo tiempo, la lectura de Oliveira contrasta con el optimismo de los economistas heterodoxos (ver, por ejemplo, Ferrer, 2016), difundido en los *spots* de campaña de las fuerzas políticas nacional-populares, sobre la productividad de las “pequeñas y medianas empresas”, su contribución al desarrollo y al bienestar de la clase trabajadora. Para Oliveira, el efecto fundamental de esta involución capitalista es un incremento crónico de la deuda externa e interna: los Estados latinoamericanos emiten bonos gubernamentales en los mercados globales y a su vez deuda interna destinada a absorber la liquidez de moneda resultante de una entrada excesiva de capital especulativo externo durante ciertos momentos de sobre-acumulación global del capital.

Específicamente en el plano político, Oliveira mostró que el Partido dos Trabalhadores (PT) durante el primer gobierno (2003-2007) de Luiz Inácio Lula da Silva no encontró una solución socialista a tal involución. Al contrario, habría agravado el problema al continuar políticas neoliberales sustentadas en garantizar el flujo externo de capitales especulativos. Incapaz de continuar con el subdesarrollo y demasiado pequeño para saltar a la revolución digital, al ornitorrinco –es decir, al capital brasileiro– solo le queda la opción de apropiar valor económico. Sea mediante la privatización de empresas estatales a precios de liquidación, la compra apalancada de empresas, la obtención de comisiones en los canjes de la deuda pública, o la extracción de recursos naturales a costa del medio ambiente y de las comunidades. Estas acumulaciones rápidas son de vida corta. Similar a las trayectorias de los cuadros técnicos que, de acuerdo a Oliveira, conformaron un nuevo estrato social. Los intelectuales del Partido da Social Democracia Brasileira (PSDB) se transformaron en banqueros, y los sindicalistas del Partido dos Trabalhadores (PT) devinieron gestores de fondos de pensión. Esta fracción de clase pasó a administrar el acceso a los fondos públicos y las correas de transmisión entre el Estado y los fondos de inversión (De Oliveira, 2004, p.

¹¹ Juego de palabras que alude a la crítica de la teoría de la dependencia, según la cual el subdesarrollo latinoamericano es un resultado del desarrollo de los países capitalistas centrales. El *subdesenvolvimento* sería un efecto de las políticas desarrollistas seguidas por Brasil en los años sesenta y setenta.

52).

“El ornitorrinco no tiene «conciencia», únicamente réplica superestructural. El teórico que lo previó fue Ridley Scott en Blade Runner”, Oliveira sostuvo (2004, p. 53). Los fondos de pensiones parecían entonces que fueran de los trabajadores porque alguien los dirigía en su nombre, pero los ex-trabajadores que los comandaban replicaban, como los androides de Blade Runner, el dominio y la lógica del capital-dinero. La ideología de izquierda, podríamos decir retomando a Schwarz, funciona en este tipo de contexto como un ornamento de las relaciones reales. En esta “hegemonía invertida”, Oliveira (2007) apuntó, “son los dominantes los que consienten ser aparentemente «dirigidos» por representantes de los dominados [...] con tal que no cuestionen las relaciones capitalistas” (p. 21). El Partido dos Trabalhadores habría mutado, así, en un partido de Estado, caracterizado por regular “democráticamente” la exclusión de las masas, en vez de incluirlas realmente en un sistema estatal más igualitario. Algo a lo que apuntó también Schwarz (2020) al sostener que un proyecto socialista no puede limitarse a políticas redistributivas del ingreso a través del “realineamiento consumista-miserabilista de los antiguos excluidos” (p. 42).

En resumen, Oliveira y Schwarz han prestado atención al carácter de la acción estatal en el capitalismo dependiente, a la situación específica de este, y al problema de la determinación ideológica en este contexto. Sus lecturas originales, a mi decir, elaboraron una crítica de tercer espacio que rompe tanto con las teorías de la modernización de corte neoliberal, que sostienen que las fuerzas de mercado completamente liberadas de los “gobiernos populistas” llevan al crecimiento económico constante, como con las perspectivas neo-desarrollistas, que sostienen que el Estado debe sostener la competitividad de las empresas en el capitalismo global.¹² Pero también se distancian de las interpretaciones marxistas que cuestionan la explotación de clase y sus justificaciones ideológicas en términos similares a cómo lo hacen en los centros capitalistas.

Mientras tanto, García Linera desde Bolivia comentó sobre el “Estado aparente” (una categoría que tomó de René Zavaleta Mercado) en una óptica que recuerda mucho a Schwarz y Oliveira. En palabras de este autor, el Estado boliviano está atravesado por “una especie de esquizofrenia política, instituciones y regímenes normativos que no guardan correspondencia con la realidad «múltiple» de nuestra sociedad, la cual en su mayoría estructural no es industrial ni individualista” (García

¹² Ver Tzeiman (2021) para una lectura crítica de las visiones económicas neo-desarrollistas. Estas toman de los neoliberales el énfasis en la austeridad fiscal y de los desarrollistas del pasado la idea de posicionar al Estado en el orden económico internacional. Su meta es promover empresas que incrementen las exportaciones (fundamentalmente de recursos naturales con mayor o menor volumen de valor agregado) y a su vez canalicen capitales hacia el mercado interno. Los nuevos desarrollistas creen que el quid de la cuestión es que la economía nacional sea competitiva en el contexto global, pasando por alto las tendencias del capitalismo a las crisis periódicas y que la desigualdad de las relaciones globales bloquea el desarrollo mundial. Generalmente también tienen poca consideración de los problemas socio-ambientales producto de la explotación de los hidrocarburos, la minería y la agroindustria.

Linera 2006, p. 71).¹³ García Linera señaló el mismo problema que Oliveira explicó: a lo largo del siglo XX el capital industrial en Bolivia no acumuló el excedente suficiente para formar un mercado interno dinámico (por ejemplo, el 68 por ciento del trabajo boliviano era informal a principios de los 2000), con lo cual las reformas neoliberales de la década de 1990 dirigidas a disminuir los llamados costos salariales no hicieron sino agravar este problema de acumulación (p. 69). La salida sugerida por García Linera (Stefanoni, Ramírez y Svampa, 2009, p. 76) fue la formación, durante los gobiernos de Evo Morales (2006-2019) de los que fue vicepresidente, de un capitalismo andino-amazónico fundado en reinvertir hacia la región los flujos externos del excedente en manos del enclave multinacional exportador, mediante el cobro de regalías altas de exportación a dichas empresas del Norte global que explotan los recursos naturales (hidrocarburos, zinc, oro, plata), destinando el excedente a emprendimientos industriales estatales y al fortalecimiento de la economía comunitaria. Según García Linera el capitalismo andino-amazónico constituye una fase intermedia hacia un Estado socialista. De esta manera, García Linera se distanció tanto de los economistas heterodoxos, o desarrollistas, que atribuyen el problema del desarrollo sólo a los efectos de las reformas estructurales neoliberales –descuidando los problemas previos– como de las críticas de autores marxistas que consideran que una estrategia de acumulación capitalista en la región no hace sino procrastinar un proyecto verdaderamente socialista (Webber y Carr, 2013).

Los últimos evaluaron las políticas del gobierno de Morales en términos de su contenido inmediato: continuar con un régimen de acumulación capitalista. Si bien esto es cierto, quedarnos solo con esta interpretación significa aplanar la complejidad de los sentidos en juego. En palabras de García Linera, refiriéndose al concepto en cuestión, “Bolivia es capitalista en el sentido marxista del término, *aunque no plenamente capitalista* y esa es su virtud (...) Puede ser frustrante para *las lecturas idealistas*, pero creo que es un concepto honesto intelectualmente” (Stefanoni, Ramírez, y Svampa, 2009, p. 76, mi énfasis). El discurso del “capitalismo andino-amazónico” marca una diferencia cultural que rompe con la visión esencialista de que el socialismo supera de manera externa la dinámica de acumulación capitalista, observando cómo otro modo de producción es parcialmente inmanente a las condiciones de acumulación del capital. Dicho de otra manera, este acto de enunciación está marcado por lo que Derrida (1986) llamó *différance*. Su sentido no está cerrado, o es suficiente en sí mismo, sino que contiene tanto las trazas de lo que no es (un régimen de acumulación socialista), como la posibilidad de algo diferente (otra forma de socialismo).

El Estado, en ese sentido, puede volverse un aparato que traduce los flujos de ingresos provenientes del complejo exportador de hidrocarburos y minerales hacia un sistema de producción y distribución comunitaria de los recursos. En palabras de García Linera,

¹³ Releer bajo la lente del tercer espacio los textos de un intelectual orgánico puede resultar incoherente dado que sus narrativas intervinieron en la lucha política del Estado-nación y han formado parte de un lugar privilegiado y gubernamental de sentido. Sin embargo, pienso que este ejercicio es útil para registrar algo del pensamiento crítico y de la acción política que hicieron de los años de Morales y su *sumak qamaña* algo realmente diferente al Estado previo.

El horizonte general de la época es comunista. Y ese comunismo se tendrá que construir a partir de capacidades autoorganizativas de la sociedad, de procesos de generación y distribución de riqueza comunitaria, de autogestión. Pero en este momento está claro que no es un horizonte inmediato, el cual se centra en la conquista de igualdad, redistribución de riqueza, ampliación de derechos. [...] ¿qué puede hacerse desde el Estado en función de ese horizonte comunista? Apoyar lo más que se pueda el despliegue de las capacidades organizativas autónomas de la sociedad (Stefanoni, Ramírez, y Svampa, 2009, p. 75)

El concepto de capitalismo andino-amazónico parece invocar una presencia definida, un sentido transparente que refiere a la concentración de capital en la región, pero, puesto en su contexto, expone lo que en términos posestructuralistas de Derrida (1986) podemos llamar una juntura (*brisure*) de significados presentes y en suspenso, algo característico del tercer espacio. No solamente el concepto se refiere a la acumulación de capital bajo una dirección estatal que hace diferente su carácter respecto al orden capitalista definido en clave neoliberal, sino que supone un escenario transicional que aplaza el cierre del imaginario político de esa manera. La idea de un horizonte comunitario desestabiliza el sentido conjugado, abriendo el concepto hacia otras operaciones políticas. Algo diferente a las lecturas populistas del término que toman al capitalismo andino-amazónico como meta.

García Linera, dicho de algún modo, elabora cierta perspectiva ambivalente de tercer espacio que no reduce el Estado a una alianza (conflictiva) con el sector exportador, ni presenta una visión idealista de izquierda que promueve un corte inmediato con el Estado capitalista. El Estado resulta un agente “que ayuda a promover nuevas movilizaciones sociales que transformen las estructuras de dominación” (García Linera, 2012, p. 52). En este contexto, “la identidad movilizadora es predominantemente etno-cultural, y en torno a ella la identidad obrera se ha disuelto (en un nuevo tipo de proletariado indígena) o complementa la dirección indígena” (García Linera, 2006, p. 75). La fuerza política del Movimiento al Socialismo (MAS) – originalmente una federación de organizaciones sociales campesinas e indígenas– que lleva a Morales al gobierno nacional no es la expresión de la lucha de clases en sentido estricta, ni simplemente la movilización de las identidades quechua-aymara, sino que aparece como una nueva formación (un proletariado indígena). Su resultado es la indianización del Estado vía la creación del Estado plurinacional. En palabras de García Linera (2014),

Las construcciones de hegemonía cultural, de habilidad articuladora de los movimientos indígenas tomaron [...] un rumbo más gramsciano que leninista, en relación a la consolidación estatal de las identidades indígenas; de tal forma que en vez de optar por la autodeterminación nacional indígena (que hubiera supuesto la separación de la identidad boliviana), las luchas discurrieron por la opción de la indianización del Estado boliviano, y la creciente indianización de la identidad boliviana, como el lugar de unificación de las diversas identidades indígenas y no indígenas, paralelamente al reforzamiento cultural de la propia identidad indígena (p. 53).

Sobre esta situación surgen dos líneas de interpretación. La primera (García

Linera; Robinson, 2008; Beverley, 2011) es neo-gramsciana: los movimientos indígenas catalizaron un proceso de lucha popular y revolución social en el Estado-nación, llevando a la formación de un Estado plurinacional, que reemplazó al otrora “Estado aparente”, producto del colonialismo. Su economía política es el capitalismo andino-amazónico. La segunda línea es subalternista en clave deconstructiva: el MAS canalizó pero a la vez contuvo las luchas de los movimientos indígenas y subalternos, enunciando un Estado plurinacional. Esta es la interpretación de Moreiras y otros críticos y críticas –quienes, sin embargo, no dejan de valorar todo lo logrado durante el período de Morales.¹⁴ De acuerdo a Moreiras (2015), García Linera en sus textos y discursos acomodó la tensión entre subalternidad y hegemonía mediante la idea de que la hegemonía del MAS permitiría a largo plazo crear una formación social de carácter comunitario, pero de esta manera la “comunidad verdadera es pospuesta *sine die* o dada la forma de un horizonte comunista alejándose infinitamente” (p. 268, mi traducción). Según Moreiras, la “sustancialización” de las identidades indígenas en una identidad nacional y su cierre en un Estado que sigue siendo capitalista ocluye las alternativas democráticas desde abajo (p. 273). La indianización del Estado se convierte en un significativo vacío que reemplaza a las posibilidades democráticas de los contextos particulares, mientras el MAS hegemoniza/ subordina a los movimientos subalternos.

En sus palabras, “el discurso de García Linera sobre la identidad puede tener como primaria una función políticamente coyuntural: la sutura del proyecto nacional-popular de su gobierno como el horizonte final de la democracia política boliviana” (Moreiras, 2015, p. 74). La conjugación de razón de Estado e identidad subalterna implica la subordinación de los movimientos sociales, “la identidad, políticamente defendida, es inmediata y políticamente traicionada” (p. 278, mi traducción). Lo que era “reconocimiento democrático” se convierte en “compulsión”, mandato estatal (p. 274). Según Moreiras, el riesgo es que la identidad popular-nacional movilizada se distancie del “contenido real”, como sucede con aquellas fuerzas políticas en Europa que promueven una “indianización global”, reduciendo la identidad a una mera función política de articulación (p. 276). En cambio, según la perspectiva neo-gramsciana, reformulada en clave de razón populista (Laclau, 2005), si las demandas subalternas no se reconocen en la nueva identidad popular-nacional boliviana, entonces se articularán en otras luchas populares frente al *status quo* institucional. Como sostuve en la sección anterior, esta explicación me parece más plausible y su estrategia política más realista, pero la lectura deconstructiva permite discutir los momentos en los que la hegemonía nacional-popular, en este caso del MAS, se cierra en sí misma y se distancia de los movimientos subalternos y sus reivindicaciones democráticas, aun operando en su nombre.

En este sentido, queda para otros trabajos evaluar el grado en que el Estado boliviano efectivamente creó condiciones para la expansión del horizonte comunitario

¹⁴ Ver los trabajos de Peter Baker, Gareth Williams, Patrick Dove, Maddalena Cerrato, Jaime Rodríguez Matos, Brett Levinson, y Samuel Steinberg en la edición especial de *Culture, Theory and Critique*, 56(3), dirigida por Moreiras. Disponible en <https://www.tandfonline.com/toc/rctc20/56/3>.

durante los gobiernos de Morales (2006-2019), cuánto esas capacidades y redes de organización comunitarias y obreras retrocedieron durante el interregno racista y clasista de Jeanine Áñez (2019-2020) después del derrocamiento de Morales,¹⁵ y cuál es la situación durante el gobierno de Luis Arce (2020-). No obstante, vale la pena mencionar al pasar el sugerente análisis de Fernando Molina (2023), que caracteriza a los gobiernos del MAS como una construcción democrática “híbrida” en el doble sentido de, por un lado, haber sido el producto de victorias electorales bajo las reglas de la democracia liberal y a la vez canalizar una lucha democrática constituyente y de “transformación de las estructuras económicas y étnico-raciales bolivianas”. Por otro lado, conformar una fuerza política que se ajusta a las reglas de la democracia representativa y, a la vez, ejerce un poder de “*tutelaje*” sobre la formación social en nombre de los grupos sociales mayoritarios.

CONCLUSIÓN

El escritor es un pasador y su destino tiene siempre una significación liminar (Derrida, 1989: 103)

La escritura se mueve en la posibilidad de encontrar diferencias. En este artículo busqué mostrar cómo diversos autores en la arena de la teoría política latinoamericana realizan ciertas aperturas de sentido para interpretar las formaciones estatales en el contexto de la marea rosada. Estas perspectivas rompen con las codificaciones en las que a veces caemos al pensar los procesos políticos recientes. Por ejemplo, las que representan el carácter “socialista” de los mejores años de Evo Morales de manera idealista, o aquellas que afirman que la situación de Brasil se ajusta completamente a las dinámicas neoliberales del capital. Tanto el “capitalismo andino-amazónico”, al decir de Álvaro García Linera, o el “ornitorrinco” y la situación periférica compleja, en palabras de Francisco de Oliveira y Roberto Schwarz, son formaciones más ambiguas y ambivalentes que lo que sugieren esas interpretaciones. Por “tercer espacio” me referí a estas prácticas de escritura que significan las tensiones de la realidad estatal, aunque, vale la pena aclarar, ninguno de los autores mencionados se haya situado en ese lugar indecible, un entre-lugar sin representación, en el que el ejercicio de deconstrucción puede incurrir. Dicho con otras palabras, no usé la noción de tercer espacio para señalar una fisura o desencuentro en la teoría latinoamericana (entre posiciones pos-marxistas y marxistas, deconstructivas y dialécticas, o nacional-populares y de izquierda), sino para sugerir la posibilidad de otro tipo de encuentros. Releer los textos mencionados sobre Brasil y Bolivia implica atravesar el límite del tercer espacio, pasar entre la interrogación y la enunciación, y viceversa.



¹⁵ Ver, por ejemplo, Molina (2019).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Antunes, R. (2013). Trade Unions, Social Conflict, and the Political Left in Present-Day Brazil. *The New Latin American Left: Cracks in the Empire*. Rowman & Littlefield (Kindle Edition), 254-276.
- Archondo, R. (2017, Agosto). Evo y su terca carretera. *Nueva Sociedad*. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/evo-y-su-terca-carretera/>
- Aricó, J. M. (2011). El Bolívar de Marx. *Marx y América Latina*. Fondo de Cultura Económica, 157-186.
- Beverley, J. (2004). *Subalternidad y representación. Debates en teoría cultural*. Iberoamericana Vervuert.
- Beverley, J. (2011). *Latinamericanism After 9/11*. Duke University Press.
- Bhabha, H. K. (2007). *El lugar de la cultura*. Manantial. (Trabajo original publicado en 1994).
- Bonnet, A. (2015). *La insurrección como restauración: el kirchnerismo*. Prometeo Libros.
- Bresser Pereira, L. C. (2007, Agosto). Estado y mercado en el nuevo desarrollismo. *Nueva Sociedad*, 210.
- Comisión Económica para América Latina (2018). *Estudio económico de América Latina y el Caribe. Evolución de la inversión en América Latina y el Caribe: hechos estilizados, determinantes y desafíos de política*. CEPAL.
- Derrida, J. (1980). The Law of Genre. *Glyph*, 7, 202-232.
- Derrida, J. (1986). *De la gramatología*. Siglo XXI Editores.
- Derrida, J. (1989). *La escritura y la diferencia*. Editorial Anthropos. (Trabajo original publicado en 1967).
- Ferrer, A. (2016, Marzo). El regreso del neoliberalismo. *Le Monde Diplomatique*, 4-7.
- García Linera, Á. (2006). Crisis del Estado y poder popular. *New Left Review*, 37, 66-77.
- García Linera, Á. (2013). *Geopolítica de la Amazonía: poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista*. Vicepresidencia del Estado.
- García Linera, Á. (2014). *Identidad boliviana: nación, mestizaje y plurinacionalidad*. Vicepresidencia del Estado.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Ediciones Akal.
- Hoogvelt, A. (2001). *Globalization and the Postcolonial World: The New Political Economy of Development*. The John Hopkins University Press.
- Iglesias, E. V. (2006). El papel del Estado y los paradigmas económicos en América Latina. *Revista CEPAL*, 90, 7-15.
- Jameson, F. (2013). *Valencias de la dialéctica*. Eterna Cadencia Editora.
- Katz, C. (2016). *Neoliberalismo, neodesarrollismo, socialismo*. Batalla de Ideas.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una*

radicalización de la democracia. Siglo XXI.

Lipietz, A. (1984). How monetarism has choked third world industrialization. *New Left Review*, 145, 71–87.

López, M. P., et al. (2011). *Qué es el kirchnerismo: escritos desde una época de cambio*. Ediciones Continente.

Molina, F. (2019, Noviembre). Bolivia: ¿golpe o (contra)revolución? *Nueva Sociedad*. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/bolivia-golpe-o-contrarevolucion/>

Molina, F. (2023, Abril). Las antinomias del MAS boliviano. *Nueva Sociedad*. Disponible en: <https://nuso.org/articulo/304-antinomias-mas-boliviano/>

Moreiras, A. (1999). *Tercer espacio: literatura y duelo en América Latina*. LOM Ediciones.

Moreiras, A. (2001). *The Exhaustion of Difference: The Politics of Latin American Cultural Studies*. Duke University Press.

Moreiras, A. (2015). Democracy in Latin America: Álvaro García Linera, an introduction. *Culture, Theory and Critique*, 56 (3), 266-282.

Oliveira, F. de (2004). El ornitorrinco. *New Left Review*, 24, 37-53.

Oliveira, F. de (2007). Lula en el laberinto. *New Left Review*, 42, 5-21.

Quijano, A. (1988). *Modernidad, identidad y utopía en América Latina*. Sociedad y Política Ediciones.

Robinson, W. I. (2008). *Latin America and Global Capitalism: A Critical Globalization Perspective*. John Hopkins University Press.

Saval, N. (2017). El extrañamiento de dos islas. *New Left Review*, 106, 155-170.

Schwarz, R. (1987). Nacional por subtração. *Que horas são? Ensaios*. Companhia das Letras, 29-48

Schwarz, R. (2004). Prefacio con cuestiones. *New Left Review*, 24, 28-36.

Schwarz, R. (2014). Las ideas fuera de lugar. *Meridional: Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, 3, 183-199. (Trabajo original publicado en 1973).

Schwarz, R. (2020). Neoatraso en Brasil. *New Left Review*, 123, 29-42.

Stefanoni, P., Ramírez, F. y Svampa, M. (2009). *Las vías de la emancipación: conversaciones con Álvaro García Linera*. Ocean Sur.

Svampa, M. (2008). El final del kirchnerismo. *New Left Review*, 53, 73-88.

Svampa, M. (2019). *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina: conflictos socioambientales, giro ecoterritorial y nuevas dependencias*. Editorial UCR.

Tzeiman, A. (2021). *La fobia al Estado en América Latina: reflexiones teórico-políticas sobre la dependencia y el desarrollo*. Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA.

Webber, J. R. y Carr, B. (2013). Introduction. The Latin American Left in Theory and Practice. *The New Latin American Left: Cracks in the Empire*. Rowman & Littlefield (Kindle Edition), pp. 1-30.

Williams, G. (2021). Prólogo. *Tercer espacio y otros relatos*. SPLASH Editions, 15-21.

SOBRE EL AUTOR

Pablo Andrés Castagno

pcastagno@unlam.edu.ar

Actualmente es Profesor Titular en la Universidad Nacional de La Matanza, Argentina, donde enseña estudios culturales y teoría política contemporánea. Doctor en Estudios Culturales por George Mason University, Estados Unidos. Ha sido profesor e investigador en diversas universidades argentinas y del exterior. Su escritura aparece en revistas y ediciones colectivas tales como *tripleC: Communication, Capitalism & Critique*, *Mediations*, *Historical Materialism*, *Cultural Studies*, *Marx and the Political Economy of the Media* (ed. por Christian Fuchs y Vincent Mosco, Brill); y *Cultural Studies in the Classroom and Beyond* (ed. por Jaafar Aksikas, Sean Johnson Andrews, y Donald Hedrick, Palgrave Macmillan). Recibió el Michael Sprinker Essay Prize.